

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

También en Calcuta, la luna es la misma luna

Jaime Berman

pp. 129-133

También en Calcuta, la luna es la misma luna

Jaime Berman

9-10-11/11/00

A Janoj Levín, que abrió el camino de Calcuta.

Personajes:

Una mujer de blanco

Otra mujer de negro

Las dos mujeres no tienen edad definible. Deben ser todas las mujeres.

El vestuario no debe dar idea específica ni de lugar, ni de tiempo ubicables. Sólo los colores son determinantes.

La escena transcurre en un tren durante el viaje. Los personajes deben dar la sensación de movimiento de tren. Momentos de sosiego cuando el tren se detiene.

Una mujer de blanco está sentada rodeada de bultos, valijas y ollas con comida "verdadera" y muy aromática.

Otra mujer de negro aparece en el pasillo del vagón, también cargada de bultos, valijas y ollas con comida "verdadera" y muy aromática.

Queda sólo otro asiento disponible del lado opuesto del pasillo.

Escena I

Otra mujer de Negro: (a la mujer de blanco, sin acercarse) ¿Este es el expreso de Calcuta?



Una mujer de blanco: (con la cabeza asiente)

Otra mujer: Yo siempre tengo la duda. Cuando comienzo un viaje, creo haberme equivocado y desaparezco. Me escapo. Y luego recomienzo el viaje. Pero siempre con el mismo miedo: que éste no es el tren y que no sé dónde viajo. Y nuevamente me escapo. Y luego subo a otro. Hasta que finalmente llego a destino y después de haber llegado me pregunto ¿qué hago aquí? Pero no ahora. Ahora ya no tengo miedo permanente y sé que viajo a Calcuta. Y sé que viajo para mirar la luna, porque dicen que allí la luna es otra

luna. La luna de los pobres que siempre es más grande. Como la esperanza... **(Pausa)** ¿Seguro que este es el expreso de Calcuta?

Una mujer: (sin prestarle atención) Sí. Ya le dije. ¿Cuántas veces va a preguntar? Yo odio las preguntas. No me gustan. A veces no tengo respuestas y me callo. Y a veces sí las tengo, y también me callo porque no estoy segura. Yo también tengo miedo a las preguntas que puedan hacerme. Y ahora usted me pregunta dos veces si éste es el tren que va a Calcuta. Y dos veces le dije que sí. Porque esas son preguntas fáciles y la respuesta sólo puede ser sí o no.

Argentino, 1951. Estudiante de M.A en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Publicó **Gabriela puerto de pescadores**, cuentos, y **La palmera y el cedro**, propuesta de lectura del **Martín Fierro** a la luz del Antiguo Testamento, editado merced a un subsidio otorgado por el Fondo Tel Aviv de Escritores y Artistas Olim a nombre de Ioshúa Rabinovich. Es autor de los dramas de las obras **Judith y Holofernes**, **La culpa** y **1818**. Dirigió elencos universitarios de teatro. En 1976 fue expulsado de la Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, durante la dictadura militar.

Nunca, tal vez, o no creo. Yo le tengo miedo a las preguntas que no puedo responder. Usted va a buscar la luna. Yo no sé que busco. Y tengo miedo de preguntarme.

(Silencio)

Otra mujer: (buscando su pasaje. No está segura del número de asiento. Lo encuentra en un bolsillo. Mira. No es el único asiento vacío, el suyo. Busca los números. Su asiento es el que está ocupado por Una mujer. Se acerca no sin fastidio) Este es el mío. Dieciséis **(Espera respuesta)**.

Una mujer: ¿Y?

Otra mujer: Que es mío, que ya era mío cuando compré el pasaje. Y como tenía miedo de equivocarme lo aprendí de memoria. Ahora no sólo tengo el pasaje con el número 16, también tengo la memoria y las cosas que recordamos también son nuestras. Así que por favor desocúpelo. Es un viaje largo y cada uno debe cuidar su lugar.

Una mujer: Siempre es lo mismo. Cuando estoy en un lugar viene alguien y me saca. Como ahora. También ayer me sacaron de la fila. Y antes del camino, y me sacaron de la casa y me sacaron de la tierra. Siempre hay alguien que me saca. Siempre hay otro.

Otra mujer: ¡Qué me importa del camino, la fila, su casa! **(Nerviosa)**. Este es mi asiento y lo quiero ahora. El viaje es muy largo y quiero descansar.

Una mujer: (señalando el asiento vacío) Allí tiene otro. ¿No ve que ya estoy ubicada? Ya encontré mi lugar. Es lo mismo. Todos los lugares son iguales

Otra mujer: ¡Mi lugar! ¡Mi lugar! ¡No, su lugar! Y lo quiero ahora. Antes de llegar. Ahora. Ahora que estoy segura de que éste es el tren a Calcuta y que el 16 es mío. Porque me sé el número de memoria. Y ahora no puedo cambiarlo por otro...

Una mujer: (con fastidio y dificultad) Su lugar... su lugar. ¿Por qué usted tiene que tener su lugar? **(se muda al asiento vacío y vuelve a desparramar allí los bultos y la olla)**.

Otra mujer: (comienza a ubicarse y desparra-rama sus bultos. Se sienta. Ya está acomodada. Se tranquiliza lentamente. Respira más distendida).

Una mujer: (no puede tranquilizarse) **(Cada una de las mujeres observa el camino. Aumenta el ruido del tren)**.

Escena II

Otra mujer: (sacando la cabeza por la ventana) ¿Está segura que este tren va a Calcuta? El camino no se ve diferente.

Una mujer: Claro que es el tren a Calcuta. Aquí los ríos son más largos y además está lleno de vacas flacas que apenas si se pueden sostener por los años.

Otra mujer: Claro. En la India la vaca es sagrada. Por un momento sentí pánico de haberme equivocado otra vez. Además, no recuerdo haber estado aquí, en la India.

(Pausa)

Una mujer: Yo sí ya estuve otras veces. Aquí en Calcuta.

Otra mujer: ¿Acá es Calcuta?

Una mujer: No. Más allá. Acá es... **(no recuerda)**. Es... el camino. Sí. Este es el camino.

Otra mujer: Mi hijo cayó al borde del camino. Bueno, cayó es una forma de decir: lo voltearon. Una piedra en la cabeza le acabó los años. Sólo le faltaban tres meses para liberarse... Pero se liberó antes. Vaya si se liberó... quedó encerrado en un pozo frío y oscuro, germen de gusanos. Una montaña de piedras cubre la fosa y no permite liberar los sueños... Vaya si se liberó... Cara de luna llena su mirada, su mano suave, fría. Sí, cayó al borde del camino... Pero no éste, otro más negro y lejano...

Una mujer: Mi hijo se fue de noche. Una bala en el centro del corazón abrió los ríos de sangre que mojaron las piedras... Sí, también la piedra de su mano se pintó de rojo muerte. No alcanzó a arrojarla. Hubo que forzarle los dedos tiesos y fríos para que soltara la piedra. No fue al borde del camino. Fue en el techo de una casa abandonada. La casa de alguien... Siempre las casas tienen dueño... No la mía... La voltearon y adentro los recuerdos... No me pregunte por qué. Tengo miedo de responderme. No quiero saber. Por eso viajo para escaparme... Lejos... Más allá de las piedras...

(Las dos mujeres se observan en silencio. Como evitando la mirada. Comienza a escucharse por sobre el ruido del tren una música tradicional india. El volumen sube lentamente. Como una radio que se acerca.)

Otra mujer: (molesta) ¡Ey! Apaguen esa radio. No soporto esa música.

Una mujer: Acá esa es la música.

Otra mujer: ¡Cantar!... ¡Cantar!... Sólo cantar saben en este lugar... No tienen para comer y cantan. Se mueren de hambre entre las vacas viejas y cantan.

Una mujer: ¡Las vacas son sagradas!

Otra mujer: También la vida.. Y no por eso uno se muere de hambre.

Una mujer: También se muere de hambre. Las piedras son el pan de los pobres.

Otra mujer: Los pobres se matan entre ellos por un pedazo de piedra.

Una mujer: No. Por un pedazo de tierra... Ahora, mi hijo duerme en la tierra... Hasta que lo saquen también de allí.

Otra mujer: A los muertos no se los saca... Se los pone... No puede sacarse la tierra de los muertos... Por eso lo cubrí con piedras... Para que no lo saquen. Por lo menos hasta que yo vuelva después de haber visto la luna de su cara esperanzada en el cielo de Calcuta... Porque allí la luna es más grande y así no me olvidaré su forma. No puede morirse dos veces: también en la vida y también en la memoria.

Una mujer: Yo no quiero preguntarme cómo era su cara. No quiero verla... Ni pensarla. Cara de piedra en el aire que se puede apagar de un tiro. Ojos absorbidos como si preguntaran ¿así ese es el fin del día? Sí, eso es todo. Así. Tan fácil **(Pausa)**. Fue tan difícil su parto rodeado de llanto. También el llanto cubrió su cuerpo. Ahora. Después que tan fácil borraron los sueños. Sólo un tiro. Uno. En la piedra del alma.

Otra mujer: ¡Sueños... ¡Sueños!... Yo tenía sueños. Sueños de días mejores, de paz, de caricias a escondidas... Tal vez él también tuvo sueños que ahora estará soñando rodeado de tierra... Tan solo... Tan solo se ha quedado... No como yo que vivo rodeada de caras que no conozco en un tren que viaja directo a Calcuta... **(Como recordando)** ¿Calcuta? ¿Está segura de que éste es el tren? ¿No nos habremos equivocado? Y si este tren no llegara a Calcuta, ¿la luna será la misma luna? ¿En la India está la misma luna en todos lados? ¿No nos habremos equivocado?

(Sube la música. Silencio largo.)

Escena III

(Esta escena es muy especial. Los dos personajes hacen las mismas cosas y al mismo tiempo. Efecto espejo. La comida se convierte en una ceremonia religiosa. Hay algo de santidad en el acto de comer. Como una danza ritual. Como una entrega a algo anterior. Como música inaudible que cada una de las dos mujeres escucha dentro de sí. La escena lleva tiempo. Todo es lento. Es muy importante que

el público perciba los olores fuertes de la comida. Efecto de ultra-realidad. No hay palabras. Silencio. Sólo los ruidos naturales del acto de comer.)

Escena IV

El tren detiene la marcha

Una mujer: (sacando la cabeza por la ventana) ¿Qué pasa? ¿Por qué nos detenemos?

Otra mujer: ¿Ya llegamos? **(Pánico)**. No puede ser. Le dije, le dije éste no es el tren a Calcuta... ¿Dónde llegamos? **(Agarrando los bultos como para escapar.)**



Una mujer: No. No llegamos. Es la hora de la oración. Todos rezan ahora.

Otra mujer: ¿A quién? ¿A qué?... ¿Para qué?

Una mujer: ¡Cómo para qué! Para que escuche los ruegos...

Otra mujer: ¿Y conteste?

Una mujer: A veces... A lo mejor... No sé.

Otra mujer: No escucha. Por lo menos a mí no me escucha. Todas las noches le rogué que lo cuidara... Que lo protegiera... ¿Me escuchó? No. No paró la piedra. No se interpuso. No detuvo los relojes ni el camino del cielo. Lo dejó irse y sin que pudiera acariciarlo. ¿Para qué rezarle?

Una mujer: Ahora que lo pienso... A mí tampoco me escuchó y no detuvo la bala... Pero a lo mejor no pudo... A lo mejor no sabe cómo hacerlo... El sabe dar la vida y no sabe cuidarla. Quince años tenía cuando cerró la mano con la piedra de sangre. Quince años y aún antes pedí por su suerte. Incluso antes de que naciera... Nunca pensé que sólo duraría quince años.

Otra mujer: ¿Por qué lo dejó tirar la piedra? ¿Por qué usted no le gritó que no lo hiciera, que entrara a la casa?... Que era mi hijo quien lo vio por última vez antes de cerrar los ojos. ¿Por qué usted, como su Dios, no le agarró la mano crispada del odio y le quitó la muerte de los dedos?... Que una piedra también mata... Que esa piedra fue el fin... ¿Por qué en lugar de rezar no se interpuso en el camino?

Una mujer: Yo no rezaba para mí. Porque hasta entonces él era todas las respuestas y ahora sólo me quedan preguntas en el aire. Yo no rezaba para parar

las piedras. Rezaba para detener las balas, que asesinan incluso a las piedras. Que abren el corazón en cataratas de vida que se escapa. Yo rezaba para detener la mano de su hijo, verde uniforme. Yo rezaba... Ahora ruego por nosotros.

Otra mujer: Que no pierda el tiempo, ya le dije. Ironía de la vida: el Dios de los trenes. También a él le rogaban apretados por el miedo. Que detuviera los trenes. Que no llegaran hasta las puertas del fuego. ¡El Dios de los trenes!! ¿Pero cuál Dios? ¿El mío? ¿El suyo? ¿El de los otros? ¿El de todos? Aquí en la India hay varios... Sólo queda elegir... Por lo menos uno que escuche... Uno... ¿No hay entre tantos dioses uno, sólo uno, que escuche los ruegos?...ya no tengo fuerzas ni para recordar la oración... ¿Cuál?... ¿Cuál?...

Una mujer: Ese es su problema: se escapa. Escaparse todo el tiempo. No sólo de los trenes equivocados, también de los dioses... De la realidad... ¿Por qué no quiere verla de frente? ¿Por qué siempre con miedo? Por eso se le va la vida... No es la piedra lo que la asusta: le asusta la vida... Tal vez su vida, toda su vida, es un tren equivocado... No son sus hijos héroes. Son víctimas. Como los nuestros... Sólo la vida los puso en el tren equivocado y cada uno viaja en otra dirección. Hasta que antes de la barrera se chocan la bala con la piedra... Y ellos se van. Y nosotras quedamos con el llanto, y los recuerdos, y la culpa de haberlos parido para que se vayan tan pronto... Nosotras también somos víctimas. No hay héroes en esta historia... La valentía es una burla. Sólo nos queda rezar. Ni vencedores ni vencidos.

Otra mujer: ¿Quién? (Silencio)

(El tren renueva la marcha, lentamente, hasta alcanzar la velocidad que tenía antes. Cada mujer en su asiento. Mirando el camino, con tristeza.)

Otra mujer: ¿A quién?

Una mujer: Tal vez a nosotras... y no por lástima. Porque cada una subió por propia voluntad a este tren... Nadie nos obligó. Pero aquí estamos y deberemos seguir juntas... Separadas por el dolor y compartiendo este viaje... Cada una con su muerto a cuestas... Y cómo pesan sus memorias...

Otra mujer: Yo ya no recuerdo sus manos. No las conozco. Sólo su cara llena de luna quedó en mi cielo... No una foto... Un recuerdo... De su cara llena de luna que me mira mientras se va... Y una mano que me arroja un beso abierto... Fue la última vez que lo vi... No me dejaron verlo después... No vi su cara llena de luna roja... Luna que se desborda en un grito de dolor antes de dispersarse. Un grito... todavía lo escucho: ¿por qué?, me grita de noche y en sueños y en recuerdos... No quiero olvidarme... Porque sólo las cosas que recordamos son nuestras.

No cuando las tenemos. Cuando las perdemos. Antes de morir no fue mío. Ahora que ya no está, es sólo mío.

Una mujer: Yo sí tengo una foto (busca entre los bultos. Encuentra una foto. Dirigiéndose a Otra mujer, cuando llega a su lado) ¡Míre!... Este es él. Quince alas para un corto vuelo... ¡Mírelo! (Otra mujer se resiste) Mírelo le digo. No intente escaparse otra vez... Este es él. Esta es mi memoria. Alguien que ya estaba muerto antes de morir. Alguien que empezó a morir cuando vio la vida. Alguien... Mi hijo... Sólo una foto... Para no olvidarme de su cara.

Otra mujer: Antes dijo algo cierto: todos somos víctimas. No hay héroes en esta historia. Hay sólo destino trágico. Hay piedras y hay balas. Y la certeza de que cada uno tiene razón. Su hijo con la razón de la piedra y el mío con la razón de la bala. Cada uno defendiendo su propio pedazo de razón. Pobres... Tan pobres... Tan heroicamente pobres... Foto contra memoria... Sólo las lágrimas son las mismas. Las mías, las suyas.

Una mujer: Yo ya no tengo lágrimas... Se me secaron todos los ríos... Lloré todas las lágrimas que tenía... Estoy seca... Páramo de vida... Hojarasca de polvo seco... Todas las lágrimas se secaron... Todas (vuelve a su lugar).

Silencio. Pausa.

Otra mujer: (una lágrima rueda por la mejilla)... Yo no me acuerdo cómo se llora... Nunca aprendí a llorar de memoria... No me acuerdo cómo se llora (mirando por la ventana). Tengo miedo... Tanto miedo...

(Pausa)

Escena V

Otra mujer: Quiero dormir... Soñar... Vivir otra vida... No pensar... No sentir... Volar en el sueño... Creer de nuevo...

Una mujer: Duerma... Pero también se puede soñar despierto... Él tenía un sueño: conseguir un pedazo de tierra... Ya lo tiene... Y es de él, hasta que lo saquen. Pero nadie le podrá sacar los sueños.

Otra mujer: ¿Mi hijo también tuvo sueños? Nunca me los dijo. Las madres estamos siempre lejos de sus sueños... No nos preguntan... No se preguntan.

Una mujer: Seguro que los tuvo... Todos los niños tienen sueños: todos quieren ser príncipes valientes, guerreros... ¡Héroes!!! Pobres y cortos los sueños de los chicos. Ellos no tienen respuestas porque no tienen preguntas. No tienen dudas... Crean sin discutir. Crean ser soldados de plomo. Pero también las balas los quiebran. No son inmortales.

Otra mujer: Las balas y las piedras. Víctimas de la sinrazón y de la no vida. Crecer creyendo que la

fuerza vence. O que la debilidad no merece compasión. Pelear sin ver la victoria. Porque no hay victorias. Nadie gana, nadie pierde. Sólo los muertos cuentan las historias de la vida.

Una mujer: Y yo creí que sería el último. Y hubo otros. Otras piedras y otras balas. Ni siquiera el orgullo de ser el último. Un número. Estadística en los informativos de la radio. Ser el último sólo por unos segundos. Porque hay otros últimos transitorios. Un día, una hora, un lugar... Y después memoria... Sólo nuestra... Que todos olvidan rápido para poder permitir que la marcha no se detenga... Y haya lugar para otros últimos.

Otra mujer: ¿De las dos orillas del río? ¿Tampoco mi hijo fue el último? ¿Ni siquiera eso? Que no haya otros pedí en mis plegarias. Y entonces... mi hijo... Y otra vez rogué porque sea el último, pero estaba también el suyo esperando el turno en la fila de la vida. ¿Quién fue primero entre los últimos?

Una mujer: ¿Qué importancia tiene? ¿No se da cuenta de que es lo mismo? ¿Que en la insensata carrera por la gloria sólo uno recibe las medallas? ¿Qué diferencia hay? Los dos están ya muertos y sólo fueron los últimos por un momento. ¿Qué diferencia hay? Entre la foto y la memoria la irónica certeza de la muerte inútil... Temprana... ¿Qué diferencia hay entre la piedra y la bala? Si los ojos se cierran de la misma manera, y las oraciones no alcanzan... Como los sueños...

(Pausa)

Escena VI

(Oscuridad total. Sólo se oye el ruido del tren que atraviesa un túnel. Algunos minutos. Cuando vuelve lentamente la luz:)

Otra mujer: Por un momento creí estar muerta. No veía nada. Pero oía. Esa fue la certeza de que estaba viva. Los muertos no ven, pero tampoco oyen... Seguramente fue un túnel.

Una mujer: Sí... Un largo túnel como una noche. Desde que supe de su caída, y aún antes como premonición, entré en un túnel más largo que éste. Un túnel de preguntas que no me atrevo a hacer. Porque no estoy segura de conocer las respuestas: no sé si no, no sé si sí. No sé. Tal vez. No estoy segura.

Otra mujer: Saber no siempre es bueno. Yo nunca supe lo que él hacía. Nunca me lo dijo y el no saber me tranquilizaba. O al menos eso creía.

Una mujer: Yo sí sabía. También su padre antes de que cayera. También una bala, pero en la cabeza. Y con la vida se le fueron las ideas. Y mi hijo juró venganza. Por eso las piedras... Y eso yo sí sabía.

Otra mujer: La muerte por venganza no es muerte heroica.

Una mujer: No hay héroes muertos... Hay sólo muertos. Y venganza.

Otra mujer: La venganza oscurece las razones. Desde la muerte de Abel los hombres están señalados. Los que mueren y los que matan. Y la venganza trae otras muertes y estas, otros asesinos. Y todos creen que es una guerra santa.

Una mujer: Eso también lo sabía. No son los hombres los que se matan, son los dioses quienes se vengan... Las balas y las piedras que se cruzan en una danza macabra. Las balas vengán las piedras que antes fueron vengadas. No es una guerra de hombres: es una guerra de dioses.

Otra mujer: ¿Guerra santa? ¿Por la grandeza del cielo o por la grandeza de la tierra?

Una mujer: Por un lugar para vivir. Eso también lo sé. Por un pedazo de tierra, pero no al alto precio de la vida. Y ahora que ya está muerto, por fin, consiguió su parcela de tierra. Túnel negro, húmedo y frío que conecta el cielo con la tierra. Ojos que no ven, manos que no tocan, cuerpo que lentamente va perdiendo su forma para fundirse otra vez con el polvo y con la piedra. Y entonces ¿cuál es la venganza si no se puede vivir para sentirla? ¿Quién vengó a quién, si los dos están muertos? Si sólo nosotros lo vemos y lo sabemos. Y yo ya no tengo fuerzas para más venganzas... No tengo fuerzas para seguir llorando, ni para hacerme siquiera una última pregunta... Ya no tengo fuerzas. Y el viaje es tan largo y estoy tan cansada, pero no quiero dormirme para verle la cara. Quiero seguir viendo el camino.

Otra mujer: Yo también estoy cansada y deseosa de llegar. Calcuta me espera con su luna llena. Luna grande como la esperanza de los pobres... ¿Falta mucho para llegar?

Una mujer: Sólo cuatro horizontes... y al final, un cielo claro. Desde aquí no se ve. Desde aquí todavía el cielo es oscuro **(Pausa)**. Muy oscuro.

Escena final

(Silencio. El ruido del tren aumenta hasta hacerse insoportable. Recomiienza la música que se escuchó antes, hasta que una cubre a la otra.)

Otra mujer: (busca comida. Y come a gran velocidad. Lo contrario de la escena 3. Todo es violentamente rápido. No se da pausa para comer. Todo de golpe.)

Una mujer: (la mira. Quiere entender. No puede. Mira por la ventanilla.)

Telón.